



I

Aquel sueño me arrancó la virginidad; dejó al corazón palpitando frenéticamente en un vano intento por abatir una puerta infranqueable. *Exterminio de quimeras, Amanecer. Sopor de la ilusión, no despiertes.* Tenía la frente húmeda y la respiración acelerada; mis dedos aún sostenían enérgicamente las sábanas, pálidos, crispados y fríos. Sobre la cama se extendía un cuadro abstracto de inquietantes manchas de color rojo oscuro, pinceladas que no eran aviso de la típica cuota mensual, sino el listón roto de inauguración; la prueba de que me había dejado llevar por el encanto de un advenedizo noctívago que resultaría inaudible, intangible e invisible para quien, con ojos bien abiertos y mente despejada, es ajeno a un escenario de ensoñaciones de tal naturaleza, pero que para mí representó jadeos profundos, piel sedosa y un hermoso par de ojos de penetrante lila rodeados de largas pestañas negras. *Predominio de conciencia, Amanecer. Turbador de sinrazón, no esclarezcas.*

Entre la parcial amnesia que acompaña a veces al despertar y la exactitud que permanece en algunos de los más impactantes pormenores, recuerdo haber experimentado lo que antes sólo conocía por relatos de otros, semejante a un choque eléctrico de intensidad únicamente equiparable a una explosión volcánica. Conocí al fin aquella sensación que enloquece a tantos y que a mí siempre me había sido negada en el mundo consciente; sumamente adictiva, placentera y, al mismo tiempo, dolorosa.

Intuí que éste era una variación de esa clase de sueños en los que uno está suspendido en el aire y de repente, al abrir los ojos, es atraído a tierra velozmente en un brusco aterrizaje sobre la cama. Mi insensata imaginación siempre había amparado la creencia de que uno realmente flotaba y que podría incluso correr el riesgo de ser visto levitando apaciblemente por cualquiera que entrara en la habitación. Por eso tenía la certeza de que aquel encuentro de la noche anterior no dejaba de ser real por estar en el plano onírico. *Quizá la vigilia es el verdadero sueño y el sueño es donde se encuentra la vida.*

Supongo que, después de lo que podría llamar “mi primera vez”, debería haber encendido un cigarrillo y luego haberme desparramado con absoluta tranquilidad sobre los restos de la lid más feroz, más grata, más ingrata y más voluble de todos los tiempos. He visto que la gente hace eso en las películas. Todavía no sé qué los impulsa a fumar con tanta serenidad mientras, cubiertos por una sábana, suspiran mirando al techo. Creo que, además del *glamour* agregado, debe hallarse una lógica detrás de cada bocanada de relajación tóxica. La sutil simbología del humo, después del fuego, sobre un montículo de cenizas. Desafortunadamente, hasta la fecha no he descubierto los encantos del tabaco y pienso que nunca lo haré. Dejando el estilo de lado, si estudiaba mi reacción desde otro enfoque, las conductas comunes no serían menos absurdas. Habría sido una blasfemia decir “¿qué hago ahora?” como si hubiera estado con un hombre de carne y hueso y, definitivamente, un escarnio tener las preocupaciones típicas de quien se ha entregado a un desconocido. Sin embargo, no dejaba de hacerme preguntas raras del tipo: “¿Las pruebas de embarazo serán capaces de detectar la evidencia de un demonio licencioso?” *Inepto sentido común que lanza*

a la imaginación al más oscuro de los precipicios, ingenuas reglas que miden lo inmensurable. ¡Qué lejos estoy de las dudas obligadas!

La sangre todavía estaba ahí y me di cuenta de que no sólo se había esparcido sobre la cama, sino que había dejado un débil rastro sobre mi cuerpo amoratado y arañado; y sobre mi ropa desgarrada sin posibilidad de arreglo. La posesión fue violenta; los besos se disolvieron en algo similar a mordiscos, como un feroz apareamiento entre lobos. Extrañamente las palabras *Erch wūr vi taer* sonaron en mi mente, pronunciadas por una maliciosa voz infantil. Hubo un instante en que comprendí el significado de una frase semejante, pero lo olvidé inmediatamente. Me reí. Algo en esa expresión me hizo gracia, aunque recuerdo que no se trataba de algo divertido. El eco de mi risa se expandió lúgubrementemente por la habitación en varias capas de sonido que la reproducían in crescendo, cada vez más distorsionada, demente e intensa; pronto se convirtió en horrosas carcajadas desquiciadas que atravesaban mi piel como cuchillos de hielo.

La recámara seguía siendo ordinaria; la decoración, estática. No obstante, todo se me reveló como una mazmorra maloliente situada en algún punto fuera del planeta o, incluso, en una dimensión mil veces más tortuosa. Varios años atrás había leído que las *oubliettes* nunca existieron. Ignoro todavía si ése es un dato verídico, pero en ese escenario sombrío presentía que yo estaba en una particularmente deplorable y que mi destino era ser utilizada y olvidada; una entre miles de millones de gotas de agua que mueren desparramadas, dejando un leve vestigio de polvo tras apagar la sed de un ávido suelo desértico. Miedo, o mejor dicho terror. Sí, terror y satisfacción simultáneos. Terror y expectación. ¡Cuánta notoriedad

habría tenido entre los que disfrutaban de fanfarronear sobre sus aventuras amorosas! No se trataba de un multimillonario ni de una estrella de cine, como a algunos les gustaría creer que todas las mujeres soñamos, sino de un ser sobrenatural, posiblemente un ente diabólico, un duende, un íncubo... un insuperable.

Una hora después estaba tomando café y leyendo el periódico sin saber cómo había llegado hasta la cocina, de la misma forma en que una muñeca no se entera que está siendo transportada de un cuarto a otro de su casa de madera —o de cartón— por la mano de una niña; para un juguete, el vivo rostro de un dios todopoderoso. Parece que en el fondo siempre quise añadir un toque de cliché cinematográfico a una ocasión de ese calibre, pues en algún momento programé al estéreo para que tocara una y otra vez el *Je t'aime... moi non plus* de Serge Gainsbourg. Me encontraba envuelta en una dulce somnolencia que llenaba mi mente de esas imágenes difusas de batalla y rendición que se resistían a morir en la cotidianidad matutina y que se superponían a la vista del café, de la mesa y de la totalidad del entorno para lograr una mezcla surrealista de azúcar, respiraciones grabadas, sangre, humo, música lenta, cuerpos en lucha, tazas, piel... *je vais, je vais et je viens, entre tes reins...* Aroma delicado, gusto dulce, gotas que se deslizan produciendo plácidas quemaduras. La sangre olía a café y el café sabía a sangre. En ese momento me hallaba en dos terrenos sin participar realmente en ninguno, siendo una especie de zombi de mirada incierta y movimientos maquinales.

Posiblemente las habituales malas noticias y los chismes perversos sobre celebridades efímeras fueron ignorados con insistencia febril por mi cerebro en éxtasis. Mis manos debieron de rechazar cada hoja que contenía palabras negativas hasta reducir al diario a sus

últimas páginas. Cuando el recuerdo del sueño por fin cedió casi por completo ante la realidad, me encontré inexplicablemente frente a la página de anuncios clasificados, la parte más inofensiva de todo el periódico. Bienes raíces, mensajes de amor, venta de automóviles —entre otros banales trozos de vida mundana— por último, la sección de empleos. Mi vista se detuvo en un “Damita de amplio criterio y muy buena presentación. Excelente salario. Llamar al teléfono...”, eufemismos más insolentes que la redacción franca. Hubiese deseado leer: “Putita joven y bustona. Mucho dinero en perspectiva”, pero la verdad digerible se articula vulgarmente sutil. Se paga por guardar por unos pocos minutos, o segundos, un tesoro devaluado y sobreestimado; se paga por dar vida a un ser gris... *tu vas, tu vas et tu viens, entre mes reins...*

De pronto, como una alucinación, el anuncio se volvió borroso y poco a poco fue sustituido por: “Isabella, estuviste maravillosa. Espérame donde sea, cuando te hayas quedado dormida”. Antes de atribuir la visión a un despiadado juego mental, pensé que el mensaje podría estar dirigido a otra mujer con el mismo nombre, pero sería demasiada coincidencia. De cualquier forma, fuera o no para mí, ese escrito no pertenecía a la sección de empleos, aparte de que, segundos antes, ni siquiera estaba en el periódico. El pánico casi me congeló la respiración. Quería revisar la autenticidad de la atmósfera con una mirada rápida para sentir que estaba en mi casa, pero no me atrevía, era como si tuviera la ingenua idea de que, de haber un agresor cerca, éste no me atacaría si mis ojos no se posaban en su figura, pero, ¿y si ésta era volátil?, ¿acaso el autor se podía materializar sólo a voluntad? Él estaba tal vez jugando con un trozo de mi vestimenta deshilachada o sonriendo frente a mí

sin que yo pudiera evitarlo. Por instinto yo estaba fingiendo ser un cadáver, al igual que los animales cuando presienten que el depredador se encuentra cerca. Quería gritar, pero no podía emitir ningún sonido, ni siquiera podía abrir la boca. Mi cuerpo no respondía, era como si se hubiese quedado petrificado. Los alaridos estridentes y las reacciones precipitadas difícilmente se presentan cuando se está demasiado asustado. El verdadero temor paraliza a la víctima, la atrapa con cadenas invisibles hasta hacerla lucir como un manso cordero. No hay pasividad más turbulenta que la del pánico. *Quiero escuchar tus pasos para saber que estás merodeando como un tigre hambriento. Prefiero sentir la hoja pulida en mi garganta que el silencio fulminante.*

Cerré los ojos un instante para refugiarme en una oscuridad incompleta, llena de pequeños destellos, conformando un velo poroso e imperfecto que filtraba la dureza exterior. Entonces oí “Isabella” detrás de mí. Abrí los ojos y me di cuenta de que aún estaba sola. Se hacía tarde y no me importaba. Podrían despedirme, pero también podría morir. En otra situación, el solo pensamiento de un director de funeraria coqueteando con una inevitable crisis nerviosa habría disipado mi miedo inicial para centrarlo en las venas trepidantes de sus sienes. Si las circunstancias fuesen menos tétricas, podría imaginar con más precisión su rostro rojo de furia al verme llegar con un considerable retraso y, encima, con la cara llena de pequeños rasguños. Ya casi podría oír “Isabella, tenemos que llevar a muchos muertos hoy... ah, quise decir, debemos conducir a varias almas a su sitio de descanso... y no apareces, ¿y qué pasa con tu aspecto?, ¿crees que así les causarás una buena impresión a los clientes?”. Personalmente, nunca he pensado que mi apariencia pueda cambiar la percepción de mi

verdadero cliente, pues éste siempre se encuentra cómodamente instalado en su cama de satín cortada a la medida; indiferente a todo lo que ocurre y supongo que demasiado preocupado por su protagonismo en el evento que le espera.

Mi jefe moriría, literalmente, por mantener la imagen corporativa en alto. La redacción de todos los documentos promocionales corría siempre a su cargo, plagada de eufemismos tan brutales como los de los anuncios de prostíbulos en el periódico. Los folletos informaban respetuosamente sobre “la elección perfecta para despedir a esa persona especial”, mientras que al final exhibían alusiones financieras que se sumaban a la pérdida, incrementando insensiblemente el dolor, a menos que éste fuese aliviado por la certeza de una generosa herencia. Si tuviera la oportunidad, mi jefe, religioso hasta la médula, sería capaz de vender una plaza en el cielo a quien pagase lo suficiente o proporcionar una estancia en el infierno para un hijo libertino, una tía avara, un padre ateo o una madre soltera, pero para eso están ya los sacerdotes. Ése era él, defensor incansable de la industria de las pompas fúnebres (que se jactaba de preservar el milenarismo arte del embalsamamiento, como digno sucesor de los artistas de la gloriosa época de las pirámides egipcias), protector del sueño perpetuo de los seres humanos, visionario de una sepultura digna por miembro de la familia. Su conciencia lo obligaba a luchar entre términos de productividad y ganancias —en las que yo asumía casi el cargo de una repartidora de pizzas frías— y las forzadas condolencias para los familiares de quienes habían partido a mejor vida.

Pero no, mi inminente despido me parecía un pensamiento feliz, comparado con lo que estaba ocurriendo en ese instante; ése no era el motivo por el que deseaba llegar al trabajo lo

más temprano posible. La verdadera razón por la que quería estar en la cálida seguridad de la funeraria era para huir de mi lúgubre casa. *Te prometo que no lloraré*. Apacigua mi inquietud, convulsionando a mi mente impresionable. La angustia... Me levanté con la colosal desconfianza que caracteriza a los paranoicos, me dirigí despacio a la recámara para coger ropa limpia y, de ahí, al baño. Lentamente comencé a desvestirme, convencida de que había un observador no invitado escondido probablemente en el retrete o detrás del espejo. La voz aún me seguía: “Isabella de senos venosos”, decía con tono lúbrico, desatando un silbido que se parecía al que emiten las serpientes, prácticamente seguro de que las venas fuertemente trazadas sobre la piel eran un rasgo erótico imperioso. Me sonrojé al oír al fantasmagórico espectador y abrí el grifo de la ducha. El vapor parecía tomar forma humana, las gotas de agua me tocaban como miles de deditos lascivos que resbalaban y perecían absorbidos por el drenaje. El miedo acrecentaba la provocación; era el componente agrídulce que invadía de escalofríos a mi persona indefensa. La posibilidad de llegar a un final cruel en un par de segundos sólo servía para mantenerme en el mismo sitio y esperar.

Al cerrar el grifo, el son de un hondo suspiro masculino entró como una ráfaga de viento y se extinguió despacio, dejándose sustituir por el silencio de nuevo angustiante y sombrío. Estiré el brazo para alcanzar la toalla, pero en lugar de ésta encontré una capa negra de pesado terciopelo. Tal vez toda mi capacidad de pánico se había agotado ante tan insólito hallazgo; así que lo único que hice fue mirarla detenidamente durante un buen rato. La turbación que ha sobrepasado el límite se confunde fácilmente con la indiferencia. Entonces recordé algunas de las horribles historias que me habían contado los maestros de escuela

católica cuando yo estaba en la primaria; todas eran sobre niños malos que temían, por ejemplo, encontrar un monstruo bajo la cama porque su conciencia culpable no los dejaba en paz, hasta que finalmente su peor pesadilla se volvía realidad. El monstruo los arrastraba a las profundidades infernales, la bruja los cortaba en cuadraditos pequeños, el duende los convertía en otro duende. “Si tantos niños temen a la oscuridad, entonces deben ser malos”, pensaba. Pero yo también temía a la oscuridad, a lo desconocido y a los relatos del catecismo; por ende, mi cobardía tenía que indicar que dentro de mí vivía una villana peligrosa en miniatura, la reencarnación de Hitler, el anticristo tomando el té con sus muñecas. Uno de los cuentos que en esa época me parecía de lo más escalofriante era la simple “anécdota” de un niño que era tan malvado que el propio diablo había jurado ir a recogerlo para conducirlo al infierno. Un buen día, al salir de bañarse, el niño en cuestión encontró una capa roja en lugar de la toalla: la capa de Satanás.

Después de haber escuchado esa narración pasé varias noches sin dormir, en mitad de terribles pesadillas; temiendo encontrar la capa del Príncipe de las Tinieblas en calidad de fatal ultimátum, como si Lucifer se deslizara por las cañerías escoltado por aguas negras incondicionales. Y ahí estaba yo, muchos años después, tocando con mis manos húmedas la suavidad de la tela, admirando la belleza de la prenda como si nunca me hubiese alarmado una señal tan funesta. Probablemente me ocupaba de buscar, mientras tanto, argumentos para persuadirme de que lo que había encontrado era algo diferente a una advertencia de condenación. No era una capa roja, sino negra, y yo no me consideraba tan vil siendo una ciudadana común y corriente. No obstante, ¿y si era la indicación de que existía algo

diabólico en mí? Como premio a la maldad descomunal, algún perseverante genocida famoso debería haber sido merecedor de tan importante reconocimiento, pero lo había recibido yo. Y si el regalo no venía de Satanás, ¿de quién entonces? Yo sabía de quién.

Tomé la capa y me cubrí con ella, comprendí que eso era lo que *él* deseaba. La evocación del sueño irrumpió vertiginosamente y me atrajo a una espiral descendente, construida de emociones extremas. Lo vi, sentí su piel transparente y aquellos mechones de pelo negro que caían suavemente sobre su cara. El terciopelo daba la sensación de manos de seda; ejercía un efecto de succión. Comencé a derramar más sangre. En poco tiempo un charco de mediana extensión se extendía bajo mis pies. No tenía al espejo delante para verme, pero tenía la imagen mental de mí misma reducida a un montón de huesos cubiertos por pellejos. Hubo una larga pausa, sabía que él se estaba apoderando de mí paulatinamente mientras el suelo comenzaba a aspirar toda la sangre hasta quedar impecable. El suspiro se oyó otra vez, pero ahora más cercano a una exhalación de muerte que se sumaba a mi callado gemido de agonía. Caí al suelo. Repentinamente algo me hizo abrir los ojos e incorporarme despacio; era un extraño despertar, una resurrección. Llegó hacia mí una nueva entrada de líquido carmesí proveniente de su cuerpo hecho tela. La capa comenzó a desintegrarse, a ser asimilada por mi piel, que se volvió radiante a pesar de que había adquirido una palidez mayor de lo normal. Los rasguños y los moretones desaparecieron súbitamente. “Algún día nos encontraremos de nuevo”, exclamé en voz baja, sin conocer la procedencia exacta de mis palabras.

Con una confusión mental exaltada, corría por el pasillo: “Tengo que llegar, tengo que llegar – qué suave piel, tela – tengo que llegar – Isabella, Isabella, me dijo”. Estaba ya en la funeraria, llevando mi acostumbrado uniforme negro de chófer y jugueteando con la gorra entre mis manos. Mi jefe ostentaba una ancha sonrisa: “Es un gusto que seas tan puntual y que además tengas tan buen aspecto hoy”. *Puntual, el tiempo me juega una broma pesada.* “Aunque no te vendría mal un poco de rubor... en serio, estás bien..., no quiero decir que realmente lo necesites, pero... ¿qué?, ¿no tienes?... ve por lo menos con Angélica para que te arregle un poco”. Angélica, mujer regordeta de mirada triste, maquilladora de mis glaciales pasajeros. Ella me hizo compartir con ellos los polvos de la belleza, haciéndome sospechar que la expresión de los durmientes era más vivaz que la mía.

Después de un rato, el director de la funeraria volvió a acercarse a mí con su silueta larga y su gesto ceremonioso, protegido por su habitual aura de exacerbado perfeccionismo. Esta vez había cambiado la sonrisa de aprobación que me acababa de dedicar por una mueca de intranquilidad. Me pidió que lo acompañara a su oficina porque tenía algo importante que decirme. Yo lo seguí obedientemente a ese paraíso de la referencia mortuoria, siempre a la vanguardia en cuestión de logística de lo macabro. Me senté frente a él y, inevitablemente, frente a su abrumadora colección de discos compactos de temas fúnebres para toda ocasión y de libros: manuales para escribir obituarios, volúmenes sobre ritos funerarios en todas las épocas, partituras de marchas fúnebres, libros sobre embalsamamiento, diccionarios técnicos, entre otras joyas, que convivían con las más recientes ediciones sobre mercadotecnia y relaciones públicas. El hombre cadavérico, acomodado en su amplia silla, dedicó un

momento a observarme cuidadosamente con una expresión inquieta y paternal hasta que por fin se atrevió a tomar la palabra:

—Isabella, lo más probable es que después de lo que te voy a decir creas que he enloquecido —dijo con tono nervioso—, pero tengo la seguridad de que puedo confiar en ti. No es muy importante, pero hay algo que aún no me queda claro. Soy un poco supersticioso y este asunto me preocupa...

—¿Pasó algo malo?

—Sí... digo, no. Eh... es difícil de decir... ¿Recuerdas el cadáver que te mostré ayer antes de que te retiraras?

—Sí

—Bueno, quería preguntarte si conoces a esa persona.

—No, lo vi tan sólo unos segundos, ¿por qué habría de saber quién es?

—No, por nada. Perdóname, no sé por qué te estoy haciendo perder el tiempo.